

## Algunos fragmentos

(Este primer fragmento de la novela, en forma de cuento independiente, obtuvo el Primer Premio del XIV Concurso de Relatos 2010 “8 de marzo Día Internacional de la Mujer”, patrocinado por el Ayuntamiento de Zaragoza, bajo el título de *Imago hominis*)

El Ayudante Austin \*A+008\* golpeó con los nudillos suavemente en la puerta del dormitorio de la Doctora Robledo.

–Amalíss –llamó quedamente–, es la hora.

–Muchas gracias, Austin –se oyó como un leve quejido desde el otro lado.

Austin \*A+008\*, como todos los días, se dirigió a la cocina de la enorme casa y, desde la ventana, observó la mancha oscura del cielo más allá de la campana de aislamiento. Por culpa de la contaminación, cada día resultaba más oscuro. Para evitar a la doctora Robledo esta visión desoladora, tecleó rápidamente ciertas instrucciones sobre el panel de la ventana con el objetivo de dotar de un leve tinte irisado al cristal. Sabía que Amalíss no se iba a dejar engañar por su ingenua travesura, pero ese simple detalle, como en otras ocasiones, sería suficiente como para consolarla en el comienzo del nuevo día. Con movimientos ágiles y precisos Austin \*A+008\* hizo café, calentó la leche a la temperatura justamente deseada y sacó del horno los dos panecillos calientes que cada día desayunaba la Doctora.

Cuando Amalíss Robledo entró en la cocina, sonrió ante el fingimiento ingenuo de la cristalera y se sentó frente a su taza humeante. Austin, después de tantos días a su servicio, ya se atrevía a clavar sus ojos redondos sobre la fisonomía del Ama recién levantada. Aquella mañana los vivaces ojos azules de la Doctora, que con tanta frecuencia resultarían inquietantes para los hombres, quedaban enmarcados por una sombra grisácea que traslucía el secreto de sus preocupaciones y de sus insomnios. Su cabello caía despeñado sobre unos hombros que luchaban por seguir soportando el peso de su trabajo diario inevitable y aparecía deslucido. Con todo, a pesar de los incipientes signos de derrota, seguía siendo una mujer atractiva. Quizás precisamente aquella mancha oscura que rodeaba sus ojos producía una sensación de dulzura desolada que le confería un encanto entrañable y doloroso.

–Austin, sabes que nunca conseguirás confundirme –intentó bromear para agradecer el desvelo de su subordinado.

El Ayudante \*A+008\*, mientras ella salía, observó preocupado que la broma diaria no había conseguido velar completamente el rictus de tristeza de la Doctora. ¿Un cambio de humor inusitado?, se preguntó. Debía apuntar aquella nueva reacción y consultar de nuevo el manual de Psicología, ya que entre sus obligaciones se hallaba la de procurar la felicidad de aquella mujer. Su estabilidad emocional era altamente necesaria para que su trabajo diera frutos y él no debía permitir que ninguna fisura pusiera en peligro sus obligaciones.

La Doctora se dirigió de nuevo a su dormitorio para terminar de vestirse y arreglarse. Aunque, obviamente, no saldría de casa ni tendría ningún contacto con otros humanos, no podía descuidar su aspecto físico ni su higiene diaria. Aquella era una de las normas elementales de supervivencia que había aprendido en la infancia.

Minutos después, como todos los días, se sumergió en cuerpo y alma en su trabajo ineludible en la Sala de Ordenadores.

Austin, mientras tanto, se dedicaba con afán a sus diarias labores domésticas. La oscuridad del cielo hoy tampoco le produjo inquietud. Suponía – mejor dicho, *sabía*– que la Doctora conseguiría encontrar la solución. Aquellas líneas incomprensibles con las que laboraba, aquellas coordenadas y mediciones milimétricas, aquel esfuerzo ciclópeo de tantos humanos en tantos años terminaría por llegar a la conclusión deseada: se acabaría encontrando la fisura celeste por donde expulsar los gases que ahogaban la Tierra. Austin no tenía ninguna duda de que la Humanidad conseguiría salvarse. Los Dioses no sucumben. Esa era una de sus convicciones más arraigadas.

La rutina es buena compañera para empujar el lento transcurso del tiempo y Austin realizó sus obligaciones de manera sistemática y ordenada. A media mañana, como todos los días, se presentaba en la Sala de Ordenadores con la bandeja del pequeño refrigerio. No era preciso llamar, ya que la Doctora, inmersa en sus elucubraciones, apenas necesitaba alargar la mano para indicarle que había advertido su presencia y que seguía concentrada en las mediciones.

Sin embargo, hoy era todo diferente. La Doctora Robledo no miraba la pantalla del ordenador, sino que permanecía derrotada, con los codos apoyados encima de la mesa, protegiéndose la cara entre las manos. Ante aquel problema imprevisto, Austin se preguntó cuál debía ser la reacción correcta y optó por acercarse y, después de dejar suavemente la bandeja, colocar su mano sobre el hombro de la Doctora. Ella, al notar la suavidad y calidez de su tacto, la presión oportuna y la perfecta duración del contacto, intentó sonreír desde el fondo de sus preocupaciones.

–Doctora... ¿hay algún problema? –indicó solícito señalando la pantalla.

–No es eso... –contestó ella con premura–. ¡Todavía queda mucho tiempo!

Sin embargo, en su fuero interno, Amalíss se debatía ante la idea de sincerarse ante su ayudante. Era absurdo tener que explicar algunas cosas... Casi resultaba ridículo... Pero Austin la miraba con un semblante de preocupación tan sincero, de una perfección tan impactante, que ella cedió.

–Es, simplemente, la soledad... –y lo miró, dubitativa, a los ojos– Tú... ¿lo entiendes?

Austin sabía que ella necesitaba que él sonriera. Eso la haría sentirse más segura. Así que, después de curvar hacia arriba los labios hasta mostrar su espléndida dentadura tan perfecta, presionó de nuevo su hombro, volvió a sonreír y salió. Cuando se alejaba, ella miró la línea sinuosa de su espalda, la curva firme de las nalgas, que acababan en dos piernas perfectas, y calibró la suavidad y cadencia de las pisadas que se alejaban. No pudo soportar su delirio y, de nuevo, ocultó la cara entre las manos. Era preciso que él no la viera llorar. ¡Era todo tan absurdo!

Austin conocía perfectamente el significado de la palabra “soledad”, ya que casi en el mismo instante en que ella la pronunciara había podido acceder a su definición exacta (unas letras temblorosas se habían hecho luz en el depósito informático de las definiciones: *Soledad*: 1. *Carencia voluntaria o involuntaria de compañía*. 2. *Lugar desierto o tierra no habitada*. 3. *Pesar y melancolía que se sienten por la ausencia, muerte o pérdida de alguien o de algo...*). Era muy sencillo deducir que la punzada que atenazaba a la Doctora correspondía a la tercera definición, y que su causa inmediata estaba provocada por la primera. Tres años encerrada en la solitaria casa, con el cielo

siempre oscuro allá arriba, el trabajo inexorable en los ordenadores de la sala y la ausencia de estímulos debía ser muy duro para ella, al fin y al cabo, una simple y débil ejemplar de ser humano. Austin, sin embargo, estaba altamente capacitado para seguir adelante en condiciones extremas. Incluso tenía en su mano la posibilidad de elegir la mejor de entre todas las posibles soluciones para cualquier problema.

A la hora del almuerzo la Doctora tenía los ojos hinchados y, además, no había probado el contenido de la bandeja que Austin le presentó a media mañana.

–Doctora... ¿no se siente bien? –le preguntó al ver que, de nuevo, rechazaba la comida que él había preparado—. ¿Necesita contactar con alguien del Centro Médico?

Amalíss lo miró extrañamente, como si intentase leer lo que estaba escrito en el fondo de sus ojos brillantes.

–No es nada –dijo ella finalmente—. Será el cansancio después de tantos días de trabajo. Es una sensación que... está acabando por obsesionarme... Aunque no es posible... ¡No es nada!

Austin sabía que en aquellas circunstancias ella desearía destruir la sensación de incomodidad mediante una broma, y le espetó como en un juego:

–No le voy a permitir levantarse hasta que no haya probado la comida. ¡No puede comportarse como una niña mimada!

La Doctora se ensombreció.

–Es cierto. No debo comportarme como una niña.

Como en otras ocasiones, Austin sabía que ella necesitaba que él oprimiera suavemente su mano y se apresuró a cumplir lo esperado. Sin embargo, durante el contacto, Amalíss le escrutó intentando leer todo aquello que le hurtaban los ojos redondos. Cuando la presión de las manos cesó, el Ayudante advirtió que la Doctora había quedado temblando.

La tarde transcurrió como todas las tardes en la nueva era. Apenas había oscurecido unos minutos antes que el día anterior y, aunque la negrura del cielo seguía siendo insondable, daba la impresión de que algún fenómeno atmosférico era capaz de subsistir entre las tinieblas producidas por la acumulación de los gases. Quizás un pequeño relámpago luciera durante unos segundos en el abismo denso del cielo o quizás alguna condensación de vapor

consiguiera remover las toneladas de depósitos del aire. Austin sabía que, en realidad, no iba a producirse ningún cambio reseñable. La Doctora, por su parte, pasó todas las horas embebida en la información que le proporcionaban los ordenadores, sin permitirse siquiera ni un pequeño respiro en sus interminables mediciones. Al parecer, se sentía mejor dispuesta que durante la mañana, cuando había sufrido algunas alteraciones psicológicas. Pero esto no era un problema. El Ayudante \*A+008\*, después de sopesar las distintas hipótesis y soluciones para los vaivenes espirituales de su dueña, iba a cumplir con su responsabilidad de encontrar el mejor remedio para contrarrestar cualquiera de aquellos desórdenes.

Durante la cena, inopinadamente, Amalíss se mostró especialmente risueña y parlanchina. Debía haber encontrado alguna de las ecuaciones necesarias o tal vez había resuelto algún extremo importante de su investigación. Quizás por eso decidió abrir una botella de vino, de la que bebieron los dos debido a su insistencia, y con la llegada de los postres exhibió un humor satírico y deslumbrante que, en cierto sentido, desorientó al Ayudante. Austin lamentó no haber llegado a esa parte del manual de Psicología.

Al final de la cena, Amalíss, que se había recogido el pelo en un atadizo desordenado y ondulante en lo más alto de la cabeza, inesperadamente lo soltó y, mientras los cabellos caían, a Austin le pareció que también había caído la túnica antigua y vaporosa con la que su Ama se había protegido aquellos últimos años. Después de mirar durante dos largos minutos la ingenua profundidad de los ojos del Ayudante, la Doctora salió de la estancia con paso inseguro pero cimbreante. Cuando llegó al dintel de la puerta, en un último esfuerzo por comprender, o por rechazar, o por subvertir lo que ya era inexorable, se dejó anegar por un largo suspiro que no consiguió conjurar su dolor.

Austin quedó abandonado en la sala. Sabía que se esperaba de él la máxima eficacia. Sabía que sólo él era capaz de hallar la solución más correcta a cada uno de los problemas descritos. Él tenía la información necesaria para encontrar la respuesta más adecuada a cualquiera de las carencias humanas. La Doctora esperaba que él se acercase a la puerta. La Doctora esperaba que, sin necesidad de una orden, él abriera esa puerta y entrara hasta su cama

deshecha. La Doctora quería que él, con su mano suave de tacto cálido y delicado, le recorriera la espalda con la presión oportuna y la perfecta duración del contacto, que le sonriera mientras dejaba escapar un suspiro que disimulase ese íntimo temblor sensitivo de los humanos...

Austin volvió a recapitular: la Doctora quería que él, con su mano de tacto cálido y delicado, casi humano, recorriera su espalda con la presión oportuna... La presión oportuna... Duración del contacto... El instinto inefable del contacto entre humanos...

Austin advirtió, aterrado, que las instrucciones quedaban truncadas. En realidad, a partir de aquella opción, aún no había resultado programado...

\*\*\*

–¡Te has vuelto loca! –dijo Theo cuando la vio con una botella de vino en la mano–. Te has vuelto loca y por eso te voy a matar...

Amalíss se llevó la botella a los labios, hizo amago de beber y luego se limpió con el dorso de la mano la boca. Dejó la botella en la mesa vecina y se dispuso a correr. El Comandante la miraba con sus ojos terroríficos, inyectados en sangre. Había visto el desastre de su micronave y ahora sólo le faltaba que la mujer se bebiera su vino.

La alcanzó en la mitad del pasillo que conducía al Laboratorio, la asió fuertemente del pelo y golpeó su cabeza contra la pared. De la ceja rota comenzó a manar un reguero de sangre que la cegó parcialmente, pero la Doctora se levantó y consiguió llegar de nuevo a la sala. Allí le resultaba más fácil escapar del Comandante, que por su corpulencia se retardaba cuando ella se escurría entre los muebles. En los últimos tiempos, una vez perdido su vivir acomodado, Amalíss se había endurecido físicamente más de lo que nunca hubiera previsto. Naturalmente, no se había acostumbrado a los golpes, pero se asustaba menos al sentir el dolor y el latido de su propia sangre derramada la enardecía más allá del pánico que sintiera en los comienzos.

El Comandante, no obstante, tampoco tenía prisa en cobrar su presa. Se llegó hasta la mesa y dio un largo trago a la botella de vino sin dejar de vigilar la ruta de huida que podía elegir la mujer. Ella, seguramente, intentaría llegar a la Sala de Control para pedir auxilio.

Sin embargo, la Doctora tampoco quería precipitarse. Sabía que el Comandante era muy fuerte y que, a pesar de su edad, conservaba una gran

resistencia, así que tenía que medir sus fuerzas para alargarlas en el tiempo al máximo.

Después de unas cuantas escaramuzas y de derribar algunos muebles, Theo alcanzó a Amalíss. Consiguió interceptar una de sus piernas cuando intentaba escapar y la derribó al suelo. Ella lo pateó con todas sus fuerzas, con un vigor que obligó al hombre a sonreír, a pesar del golpe que le rompió la nariz. Entonces sí se empleó a fondo. Era lo que tenía que hacer. Con Austin había sido más divertido –posición delantera, *crochet* rápido, torso y cadera rotando en el sentido del reloj–, porque se habían medido de pie y eso permitía ejercitar el juego de piernas, el amago de golpe y el *uppercut* definitivo, pero ahora no podía permitirse ese lujo. Si consentía en que Amalíss se levantase, se podría escapar, así que sentado sobre una de sus piernas le aplicó la maza de sus puños por todo el cuerpo.

Por fin, la mujer dejó de agitarse y Theo la soltó. Su anterior cara hermosa era ahora una máscara de sangre y su cuerpo se desmadejaba como el de una muñeca rota.

El Comandante quiso darse un respiro y se acercó a la mesa para beber un nuevo trago de vino, que le supo extraño, como a una mezcla de sudor y de sangre. Ella, desde el suelo, se encogió imperceptiblemente y acercó una mano hasta el pecho palpitante. El hombre se aproximó para observarla. La respiración de Amalíss se había hecho afanosa, ya que se apreciaba que le dolía respirar. Probablemente le había roto alguna costilla. Theo le dio un pequeño puntapié y se dirigió de nuevo hacia la botella. Bebió otra vez y pensó que quizás se había excedido en el castigo. Las mujeres no eran gran cosa: apenas soportaban una paliza mediana. Bueno, tampoco había sido una paliza mediana. Él mismo se había fatigado un poco y hasta parecía que la cabeza quería darle vueltas.

Theo volvió hasta el lugar donde yacía Amalíss, le levantó la cabeza con un amago de arrepentimiento y le aplicó la botella a la boca. Ella, que apenas podía tragar, tosió un poco de vino y de sangre.

–¿No quieres vino, preciosa? ¿No quieres que nos reconciliemos ahora? –dijo el Comandante con voz pastosa mientras se tumbaba a su lado. Las paredes habían comenzado a moverse y el techo de la habitación se combaba en una cúpula redonda.

Amalíss intentó incorporarse. Entre todos los dolores, el único que le importaba era el cuchillo que sentía en el pecho, que le impedía respirar. No quiso perder la calma. Vivir, vivir, supervivencia. Esas eran las únicas palabras que habían llegado a su mente mientras recibía los golpes del Comandante. Todo había ocurrido muy deprisa y apenas recordaba más que una sábana de sangre que le había cubierto la razón. Vivir. Vivir mientras el mundo daba vueltas alrededor. ¡Qué extraño instinto sin sentido!

La Doctora había conseguido elevar el tronco apoyándose en los brazos doblados. El Comandante yacía junto a ella, con la botella en la mano. Amalíss consiguió auparse hasta ponerse de rodillas y se arrastró por el suelo hasta el sofá, tomó unos cojines y los colocó bajo la cabeza del hombre. Después de descansar durante unos segundos, en un nuevo impulso, como en los viejos tiempos de su reprobable amor, se sentó a horcajadas sobre el estómago de su amante, que se revolvió un poco. Le quitó suavemente la botella de la mano y la aplicó a la boca hasta que quedó vacía. A continuación, se dejó caer a su lado derrengada, intentando soportar el dolor que le impedía respirar.

Vivir, vivir, sobrevivir.

Amalíss sabía que no había terminado su labor. Debía asegurarse. Después de unos cuantos minutos de respiración angustiada recobró algunas fuerzas y consiguió levantarse del suelo. No sabía hasta dónde alcanzaría su resistencia física. Llegó hasta la cocina. Zeta, afortunadamente, seguía inservible, pero allí no había muchos otros objetos que sirvieran de forma definitiva para la utilidad que buscaba. Cogió el cuchillo más afilado y un mortero de mármol que adornaba un estante. Vivir, sobrevivir. Tenía que matarle. Tenía que matar a un hombre para sobrevivir. Si el Comandante despertaba, ella estaba perdida, así que tenía que aprovechar su inconsciencia para matarlo. Pero, ¿qué debía hacer para matar al Comandante?

La Doctora llegó hasta la figura caída de Theo y se sentó de nuevo sobre su pecho, con el cuchillo en una mano y el mortero en la otra. El hombre todavía respiraba y, al parecer, de forma bien plácida. Ella sintió un ligero y extraño calor en las mejillas: estaba llorando. ¿Es que no iba a ser capaz de acabar con él? Cuando despertase, si no la mataba él a ella, ¿tendría que volver a soportar su tiranía y su crueldad?



De pronto, el Comandante abrió los ojos aterrados y Amalíss, en un ataque de pánico, comenzó a golpearlo en la frente con el almirez utilizando todas sus fuerzas una y otra vez. Notó que se salpicaba de sangre la cara, los brazos y el pecho, pero apretó fuertemente los ojos y lo siguió machacando enloquecida sin querer mirar su labor. Cuando le fallaron las fuerzas, cayó sobre la masa sanguinolenta, y al despertar le hundió el cuchillo con saña en el cuello.

Ya estaba hecho.

Le costó trabajo alejarse del reguero de sangre viscosa, que había atrapado a los cuerpos de los dos, hasta llegar a la zona seca. Ya no importaban las manos pegajosas, que no se secaron del todo al contacto con la ropa, ni el dolor en el pecho. Había que terminar la labor y volver a la situación inicial. Acabar las investigaciones. ¿Las investigaciones? Sobrevivir. Austin. Sobrevivir.

La Doctora buscó el curioso casco y el traje que había vestido Theo para llegar desde su nave hasta el refugio. Seguramente a ella también le podría servir. Austin. La campana. El mar de mercurio de fuera, con sus olas de gases flotando en lugar del oxígeno. La campana. Por el dolor en el pecho no le fue fácil embutirse en el traje, y mucho menos colocarse el extraño y anticuado casco de forma conveniente. Austin. Desde luego, debía dejar una abertura en la escotilla que le permitiera regresar al refugio cuando volviese con el cuerpo del Ayudante, se encontrase en el estado en que se encontrase. Dejar abierta una escotilla. Y no sería tan difícil caminar por fuera, a pesar de que el mundo giraba inesperadamente. La gravedad es la misma, aunque las irregularidades del suelo te hacen tropezar. Manoteos contra las turbulencias. Austin. La campana.

La figura inestable de la Doctora avanzó con unos pasos dubitativos y erráticos. Desde lejos, parecía un astronauta borracho o, a lo mejor, la imitación grotesca de un científico loco en una película cómica. No fue raro que, después de unos cuantos tropiezos, cayera desmayada.

\*\*\*

Después de la conversación con la Comandante Kora, estaba muy claro que había que descender a los infiernos de Bloomington. Para ello, al día siguiente, los dos se disfrazaron con los vestidos que habían traído desde el

refugio: era la ropa menos lujosa que existía en toda la Dirección General. Amalíss, además, insistió en que Austin presentaba un aspecto excesivamente limpio y agraciado, así que le manchó la cara a conciencia y le dispuso bajo la ropa algunos trapos que simulasen gorduras e imperfecciones. Ella se conformó con desgreñarse un cabello que había reservado oportunamente sucio.

No les supuso ningún trabajo escurrirse inadvertidamente por las avenidas impolutas de la zona horizontal superior hasta los linderos del abismo. Una vez allí, se adentraron en las calles más concurridas buscando confundirse con la multitud.

Los habitantes genéricos, además de genéricos, eran a la vez fétidos o hediondos en el sentido literal de esta palabra. Austin, cuyo olfato no había sido programado para experimentar repugnancia a causa del mal olor, soportaba imperturbable las vaharadas de los humanos; pero Amalíss, que tenía una pituitaria delicada, sufría el deseo constante de taparse la nariz.

—¿Es que no suelen lavarse? —preguntaba la Doctora por lo bajo.

—El agua, probablemente, será un bien escaso para ellos —dedujo el Ayudante.

Mientras paseaban, procuraron atisbar disimuladamente en el interior de las puertas destartadas por las que salían o entraban algunos, pero la oscuridad interior les impedía discernir los reductos de dentro.

Empujados por el ir y venir del gentío llegaron a una especie de plaza o ruedo donde se agolpaba la muchedumbre. Allí, elevado sobre un pódium construido de maderas, peroraba un hombre a la concurrencia. Austin y Amalíss se acercaron también. El orador era un joven vigoroso que irradiaba una gran energía y cuya presencia parecía mantener electrizada a la multitud. Vestía una especie de túnica raída que flotaba alrededor de un cuerpo delgado y fibroso que se tensaba de emoción mientras desgranaba su extraña teoría. La melena ensortijada y salvaje nimbaba su cabeza como un halo de fuego y la impresión de su estampa cobraba fiereza por la presencia de la barba negra cerrada y un parche en un ojo. El orador agitó sus manos nerviosas señalando a los presentes.

—Ya dijo el Profeta: “El sol se pondrá negro y quedará reducido a tinieblas, la luna se convertirá en sangre, el día se volverá tan oscuro como la

noche, las estrellas caerán del firmamento, en vez de agua lloverá fuego y el mismo cielo llegará a encogerse y arrollarse como un pergamino”.

Un silencio denso sobrecogió a los asistentes y el predicador aprovechó para tomar aire y aumentar el volumen de su voz severa.

–El Profeta también avisó a vuestros padres: “Poned los ojos en el aire, y hallaréis que todo él se trastornará con vientos furiosos; por todas partes no se verá sino un continuo diluvio de centellas, truenos, relámpagos y rayos, de modo que parecerá hundirse el cielo”.

La multitud se agitó y muchos dirigieron miradas medrosas hacia lo alto, más allá de la zona superior, donde los límites de la campana de aislamiento protegían a la Metrópolis de los gases de fuera.

–Sin embargo, vuestros padres desoyeron su mensaje y pecaron.

Tras este breve aserto, el orador pareció decaer, pero al poco se recompuso y acentuó la amenaza de su acento.

–¡Vuestros padres pecaron! ¡Vuestros padres construyeron las máquinas que ensuciaron el ambiente; convivieron imprudentemente con ellas y sucumbieron a su engaño! ¿Y qué nos queda ahora? –gritó extendiendo sus brazos en cruz– ¡Nos queda un reducto de sufrimiento y sumisión! ¡Nos queda el presidio de esta ciudad contaminada y podrida! Pero aún existe un poso de esperanza... –animó a la concurrencia–. ¡Debemos expiar la culpa de nuestros padres hasta lavarla! ¡Lavar su pecado para escapar del último castigo!

Parte de los asistentes, cuando oyeron que quedaba alguna expectativa de redención, comenzaron a agitarse y uno de ellos, probablemente conchabado con el orador, intervino para gritar:

–¡La esperanza de nuestra doctrina! ¡La Doctrina del Amor y de la Sangre!

–¡El Amor y la Sangre! –repitió el eco.

El predicador, una vez sentadas las bases de su mensaje, se permitió apaciguarse. Se tomó un tiempo examinando uno por uno los rostros atemorizados de los asistentes y continuó desgranando su embajada.

–Los androides: las máquinas destructoras. *Ellos* no aman, *ellos* no tienen sangre. En su interior sólo discurre un rumor maléfico, aquel que les empuja a intrigar contra la civilización humana... *Ellos* no aman ni sienten. Su objetivo es destruir completamente el universo de ríos, montes, sierras, fuentes

y mares de que disfrutaron los humanos antes de la traición. *Ellos* no tienen sangre. Por sus venas no corre ese líquido vivífico que alienta la bondad de las mujeres y los hombres, sino los enredos encriptados de quien los programó para nuestra destrucción. ¡Hemos de volver a nuestras raíces! Los humanos vivimos del amor y nacemos de la sangre. ¡La Doctrina del Amor y de la Sangre nos redimirá!

Amalíss había sucumbido momentáneamente a la magia de los postulados del orador. Ella también añoraba ese universo construido bajo un aire incontaminado y unas nubes claras, que permitía la libertad de cruzar montes y sierras, de nadar en los ríos o en los mares limpios (ella, que nunca había pisado la arena de la playa de un mar). Pero aquel sueño no tenía nada que ver con los actos de los androides. Habían sido los humanos, ellos solos, los que habían trastornado los límites de la propia naturaleza hasta aniquilarla, por no saber desautorizar la civilización del consumo desenfrenado.

\*\*\*

Efectivamente, la zona de exclusión, donde desembocaba el llamado colector, comenzaba precisamente en el límite del espacio protegido para la vida de los humanos y estaba constituida por una serie de pasadizos bajo tierra adonde llegaban por distintos conductos los varios desechos que se eliminaban desde la Metrópolis. En orden desordenado o en caótica ordenación, según se prefiera, se amontonaban los productos eliminados por los humanos especializados, los mayores consumidores y usuarios de los bienes de la ciudad. El motivo de acumular allí precisamente todo aquel conjunto de objetos y materias se debía a que la protección de la campana se atenuaba, por lo que no se consideraba zona apta para la vida humana. Sin embargo, Eva, tal y como había anunciado, también había previsto el remedio para compensar esa carencia: sacó de la bolsa que siempre llevaba consigo un par de mascarillas y ofreció una de ellas a Amalíss.

–¡Póntela, antes de que te afecten los tóxicos!

La Doctora miró el magro tejido con desconfianza.

–¿Será suficiente? –preguntó con la certeza de que aquello servía para poco.

–Yo la he usado en todas las ocasiones aquí abajo –aclaró Eva, imbuida de una gran seguridad.

Como aquello no tenía remedio, Amalíss se enfundó la mascarilla. Probablemente era absolutamente ineficaz para los gases, pero quizás sí serviría para atenuar un tanto la pestilencia que emanaba de aquellas cloacas.

Eva condujo a la Doctora por pasadizos oscuros y túneles, guiándola con una pobre linterna, más allá del presunto perímetro protegido por la campana de aislamiento. Amalíss, después de un largo paseo, dedujo que la tierra que cubría sus cabezas estaba formada por capas impermeables que las protegían de los tóxicos. Si no, hubiera sido imposible avanzar durante tantos metros respirando el aire viciado. Tras un largo corredor comenzaba el siguiente, cruzado a tramos por algún agujero o por un pasadizo que parecía conducir a un abismo similar al que quedaba a sus espaldas.

–¿Falta mucho? –preguntó Amalíss, cada vez más atemorizada.

–No –contestó Eva, con gran seguridad–. Los componentes tecnológicos procedentes de las máquinas se acumulan en el lugar más alejado, para que pocos sientan la tentación de recuperarlos.

–¡Oh! ¡Es natural! –exclamó Amalíss procurando disimular la ironía.

De pronto, la visión de una masa viva indefinida bullendo a sus pies hizo gritar a la Doctora, que agarró fuertemente la mano de Eva hasta casi obligarle a soltar la linterna. Sin embargo, la muchacha rió.

–No te asustes... ¡Debí haberte avisado! Sólo son cobayas de laboratorio.

En efecto, la muchacha dirigió el haz de luz hacia el fondo de la caverna y aparecieron en hormigueante inquietud algunas decenas de ratoncillos pequeños. Eva cogió a uno de ellos entre sus manos y lo acercó amorosamente a la luz.

–¡Precioso! –le dijo como si se tratase de una criatura humana.

–Pero... ¿qué es...? ¿qué es esto? –tartamudeó la Doctora.

El pequeño roedor era un animalito sin pelo que mostraba en el dorso una ampolla repugnante. Eva hizo amago de pasar a sus manos el juguetito, pero la Doctora se protegió dando un paso atrás.

–No te asustes. Es sólo un ratoncito.

Eva explicó el misterio: hacía pocos años que los laboratorios habían comenzado una importante investigación para experimentar el efecto de determinados medicamentos sobre afecciones cutáneas humanas. En ella

utilizaban cobayas sin pelo, a las que injertaban células madre infectadas extraídas de pacientes reales, y después les aplicaban distintos tratamientos.

–Si el enfermo tenía la piel blanca o negra, el injerto reproducía las mismas características... y, así, había ratones con una parte de su dorso enferma de melanoma, carcinoma, ictiosis o lepra. ¡Pero un buen día los cobayas escaparon y desde entonces han encontrado aquí su cobijo!

–Y, por lo que veo –añadió la Doctora–, se han multiplicado...

–¡Sí! ¡Pobrecillos! Desarrollan las mismas enfermedades con las que escaparon del laboratorio y las transmiten inexorablemente a sus descendientes... –dijo Eva con patetismo– ¡Ese es el regalo que deben a los científicos!

Amalíss examinó a los ratoncillos que correteaban a sus pies, a los que se unió el otro que Eva había tenido en las manos. Efectivamente, todos carecían de pelo y todos mostraban también excoriaciones, ampollas y lesiones de distinta entidad. Pero, frente a la lástima que les profesaba Eva, Amalíss sintió más bien una aguda repugnancia.

Las mujeres se demoraron unos minutos más observando la viva agitación de los animalitos que, inopinadamente, comenzaron una alocada carrera hacia la oscuridad. Sólo quedó alguno más lento o más desorientado. El caso fue que, de repente, apareció una rata enorme, se abalanzó sobre uno de ellos y se lo comió. Amalíss, si ya se había alterado intensamente con la primera visión de las cobayas, al ver este otro bicho peludo y voraz, comenzó una serie de chillidos agudos y desacompañados. Era un ejemplar de gran tamaño, con una cola larga y el hocico picudo y no le costó gran trabajo tragar al ratoncillo de una sola vez. Después de hacerlo, a pesar de los gritos de Amalíss, permaneció durante algunos segundos mirándolas, como sopesando si también le servirían de alimento. Eva, sin embargo, no se inmutó.

–¿Has visto? –vociferaba la Doctora– ¿Has visto lo que ha pasado?

–¡Es maravilloso! –se extasió la muchacha– La naturaleza se abre camino y la vida resurge contra todo pronóstico. Esto debe ser motivo de esperanza para nosotros...

–¿Pero qué estás diciendo...?

–La humanidad ha querido destruir su propio planeta, pero no todo está perdido –comenzó Eva con su explicación–. Ese animal, esa rata, ha

sobrevivido a los intentos de los seres humanos de consumir su exterminio. Nuestros antepasados las persiguieron con venenos, con trampas; desbarataron su hábitat y agotaron sus recursos alimenticios... Sin embargo, después de los años, ellas han vuelto. Debemos apoyarnos en su ejemplo.